

APOYO ESCOLAR:
FICHAS DIDACTICAS No 5

ampato

M R

Precio \$ 15 Recargo flete \$ 0,60 Precio Perú S/10.00 Año IX N° 388 29 DE JUNIO DE 1977



DESDE HOY:
MARTIN RIVAS

— m. 25902 —

LOS PRIMEROS SELLOS DE CHILE

El primero de julio de 1853 se emitieron los dos primeros sellos de correo de Chile: el de 5 centavos rojo y el de 10 centavos azul, que llevan la figura de Cristóbal Colón. Estos sellos fueron confeccionados en Inglaterra por la misma firma impresora que fabricó el primer sello del mundo.

Cada pliego tenía 240 sellos que debían ser cortados con tijeras, ya que no tenían las perforaciones que llevan los sellos actuales. A los dos valores mencionados se agregaron pronto el de 1 centavo amarillo y el de 20 centavos verde, y este conjunto de 4 sellos constituye básicamente las primeras emisiones de Chile. No obstante, los especialistas llegan a distinguir más de cuarenta variedades, lo que explica el enorme interés que despierta el estudio de esta serie clásica de la filatelia chilena.

María Angélica Seguel



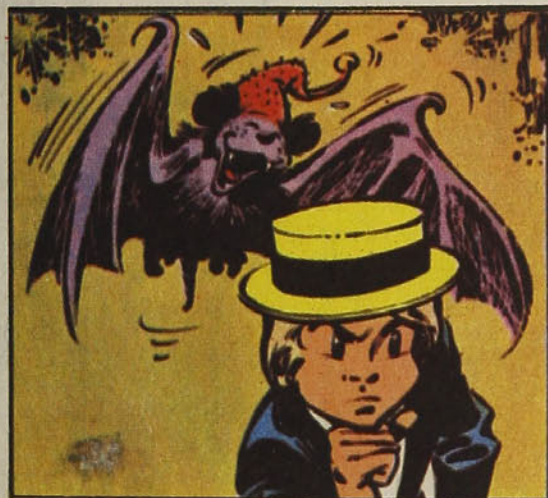


mampato

Año IX - Santiago, 29 de junio de 1977

388

EL ESPEJO DE TRES CARAS



EL CARTERO MILLONARIO



Filatelia temática	2
Sumario	3
Martín Rivas (1)	4
Mampato	9
Correo	13
Historias que parecen cuentos	14
El Cartero Millonario	17
Fichas didácticas (5)	21
Miniciencipedia temática	
Los alimentos (1)	25
Fichas didácticas (5)	29
Reportaje	
Safari en el lago Llanquihue	33
Cómo hacer	
Arreglos caseros	37
Efemérides de julio	38
Diario mural	40
Historieta	
Espejo de tres caras	41
Ajedrez	45
Juegos	46
Mampatograma	47
Guitarra	48
Nuestra página	49
Album (6)	
Historia de Chile	50

Director interino: Nicolás Velasco del Campo. Subdirectora: Cecilia Eyzaguirre. Secretaria: Ximena Güiraldes. Representante Legal: Carlos Rudloff Mackenzie. Domicilio: Providencia 711, 4º piso. Fono 258888. Propietario: Editorial Lord Cochrane S. A. Derechos © Mampato.

Las revistas vendidas en las regiones de Tarapacá, Antofagasta, Aisén y Magallanes están afectas a recargo de flete.



MARTIN RIVAS

capítulo 1

Texto de Alberto Blest Gana
Ilustraciones de Mario Igor
Resumen de Alberto Ruiz Aliaga.

A principios del mes de julio de 1850 atravesaba la puerta de calle de una hermosa casa de Santiago un joven de veintidós a veintitrés años.

Su traje y sus maneras estaban muy distantes de asemejarse a las maneras y al traje de nuestros elegantes de la capital. Todo en aquel joven revelaba al provinciano que viene por primera vez a Santiago. El modo como aquel joven se acercó a un criado manifestaba también la timidez del que penetra en un lugar desconocido y recela de la acogida que lo espera.

—¿Será ésta la casa del señor don Dámaso Encina? —preguntó éste.

—Aquí es —contestó el criado.

—¿Podría usted decirle que un caballero desea hablar con él?

A la palabra caballero, el criado pareció rechazar una sonrisa burlona que se dibujaba en sus labios.

—¿Y cómo se llama usted? —preguntó con voz seca.

—Martín Rivas —contestó el provinciano, tratando de dominar su impaciencia. Daban en ese instante las doce del día. El criado entró con paso lento a las habitaciones del interior.

Martín se había quedado en el mismo lugar en que se detuvo para hablar con el criado y dejó pasar dos minutos sin moverse. Mas luego pareció impacientarse con la tardanza del que esperaba. Por fin se abrió una puerta y apareció el mismo criado con quien Martín acababa de hablar.

—Que pase para adentro —dijo al joven. Martín siguió al criado hasta una puerta, en la que éste se detuvo. El joven pasó el umbral y se encontró con un hombre que, por su aspecto, parecía hallarse,

según la significativa expresión francesa, entre dos edades, es decir, que rayaba en la vejez sin haber entrado aún en ella.

—¿El señor don Dámaso Encina?

—Yo, señor, un servidor de usted —contestó el preguntado.

Martín sacó del bolsillo de la levita una carta que puso en manos de don Dámaso con estas palabras:

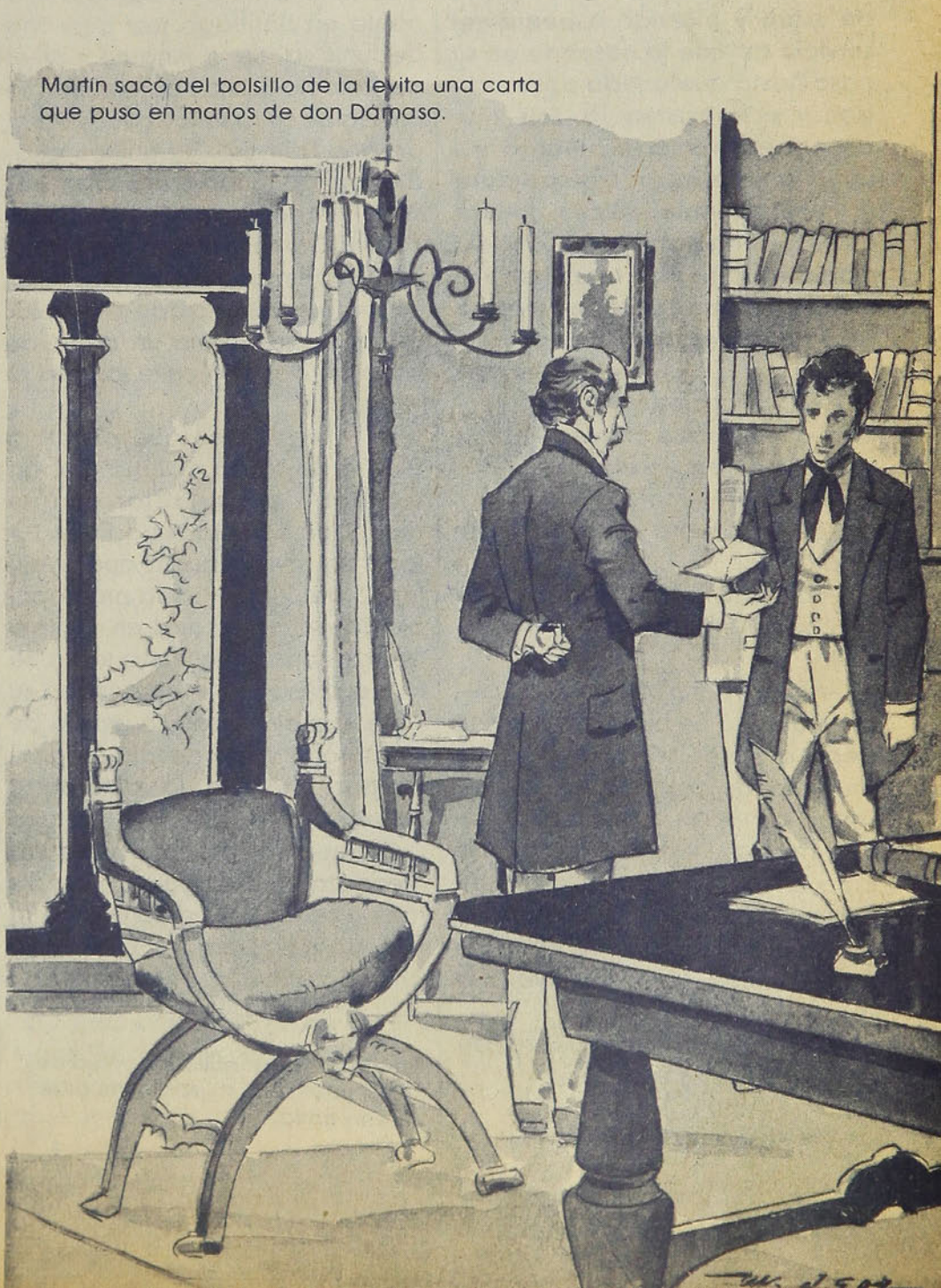
—Tenga usted la bondad de leer esta carta.

—Ah, es usted Martín —exclamó el señor Encina, al leer la firma—. Y su padre de usted, ¿cómo está?

—Ha muerto, contestó Martín, con tristeza.

—¡Muerto! —repitió, con asombro, el caballero. Luego principió la lectura de la carta, que decía lo siguiente:

Martín sacó del bolsillo de la levita una carta que puso en manos de don Dámaso.



Mi estimado y respetado señor: Me siento gravemente enfermo y deseo, antes que Dios me llame a su divino tribunal, recomendarle a mi hijo, que en breve será el único apoyo de mi desgraciada familia. Tengo muy cortos recursos y he hecho mis últimas disposiciones para que después de mi muerte puedan mi mujer y mis hijos aprovecharlas lo mejor posible. Con los intereses de mi pequeño caudal tendrá mi familia que subsistir pobremente para poder dar a Martín lo necesario hasta que concluya en Santiago sus estudios de abogado. Según mis cálculos, sólo podrá recibir veinte pesos al mes, y como le sería imposible con tan módica suma satisfacer sus estrictas necesidades, me he acordado de usted y atrevido a pedirle el servicio de que lo hospede en su casa hasta que pueda por sí solo ganar su subsistencia. Este muchacho es mi única esperanza, y si usted le hace la gracia que para él humildemente solicito, tendrá usted las bendiciones de su santa madre en la Tierra y las mías en el cielo, si Dios me concede su eterna gloria después de mi muerte.

JOSE RIVAS

Don Dámaso se quitó los anteojos. —¿Usted sabe lo que su padre me pide en esta carta?

—Sí, señor —contestó Martín.

—¿Y cómo se ha venido usted de Copiapó?

—Sobre la cubierta del vapor —contestó el joven, como con orgullo.

—Amigo —dijo el señor Encina—, su padre era un buen hombre y le debo algunos servicios que me alegraré de pagarle en su hijo. Tengo en los altos dos piezas desocupadas y están a la disposición de usted. Traiga usted su equipaje y arréglese allá arriba. Yo como a las cinco: véngase un poquito antes para presentarlo a la señora.

Martín dijo algunas palabras de agradecimiento y se retiró.

LA CASA DE LOS ENCINA

La casa en donde hemos visto presentarse a Martín Rivas estaba

habitada por una familia compuesta de don Dámaso Encina, su mujer, una hija de diecinueve años, un hijo de veintitrés y tres hijos menores.

Don Dámaso se había casado a los veinticuatro años con doña Engracia Núñez. Doña Engracia, en ese tiempo, carecía de belleza, pero poseía una herencia de treinta mil pesos, que inflamó la pasión del joven Encina hasta el punto de hacerle solicitar su mano. Gracias a su riqueza, la familia de don Dámaso era considerada como una de las más aristocráticas de Santiago. Don Dámaso Encina debía su fortuna a una mina que compró poco a poco a don José Rivas.

La familia de don Dámaso era noble en Santiago por derecho pecuniario. Se distinguía por el gusto hacia el lujo y aumentaba su prestigio con la solidez del crédito de don Dámaso. Magnífico cuadro formaba aquel lujo a la belleza de Leonor, la hija predilecta de don Dámaso y de doña Engracia. Ella, mimada desde temprano, se había acostumbrado a mirar sus perfecciones como un arma de absoluto dominio entre los que la rodeaban.

En la época en que principia esta historia, la familia Encina acababa de celebrar con un magnífico baile la llegada de Europa del joven Agustín, que había traído del Viejo Mundo gran acopio de ropas y alhajas, en cambio de los conocimientos que no se había cuidado de adquirir en su viaje. Su pelo rizado, la gracia de su persona y su perfecta elegancia hacían olvidar lo vacío de su cabeza.

Clemente Valencia y Emilio Mendoza se distinguían entre los más asiduos pretendientes de la hija de don Dámaso Encina. La chismografía social no designaba

hasta entonces cuál de los dos se hubiera conquistado la preferencia de Leonor.

Clemente Valencia era un joven de veintiocho años, de figura ordinaria, a pesar del lujo que ostentaba en su traje gracias a los trescientos mil pesos que tanto recomendaba Agustín a su hermana. "Nadie es feo con capital, hermanita". El segundo galán, Emilio Mendoza, brillaba por la belleza que faltaba a Clemente y carecía de lo que a éste servía de pasaporte en los más aristocráticos salones de la capital. Era buen mozo y pobre. Empero esta pobreza no le impedía presentarse con elegancia.

Ambos, además de su amor por la hija de don Dámaso, eran impulsados por la misma ambición. Clemente Valencia quería aumentar su caudal con la herencia probable de Leonor, y Emilio Mendoza sabía que casándose con ella, además de la herencia que vendría más tarde, la protección de

Don Dámaso se quitó los anteojos. ¿Ud. sabe lo que su padre me pide en esta carta?





Don Dámaso le presentó a su mujer y a Leonor, que le hiciera un ligero saludo.

don Dámaso le sería de inmensa utilidad en su carrera política.

LAS MEDITACIONES DE MARTIN

Entregado a profunda meditación se hallaba Martín Rivas después de arreglar su reducido equipaje en los altos que debía a la hospitalidad de don Dámaso. Con la muerte de su padre no le quedaban en la Tierra más personas queridas que doña Catalina Salazar, su madre, y Matilde, su única hermana. Al encontrarse en la capital, de la que tanto había oído hablar en Copiapó; al verse separado de su familia, que divisaba en el luto y la pobreza; al pensar en la acaudalada familia en cuyo seno se veía admitido tan repentinamente, disputábanse el paso de las ideas en su imaginación. En ese momento habían desaparecido para él hasta las esperanzas que acompañan a las almas jóvenes en sus continuas pe-

grinaciones al porvenir. Sabía, por el criado, que la casa era de las más lujosas de Santiago; que en la familia había una niña y un joven, tipos de gracia y de elegancia; y pensaba que él, pobre provinciano, tendría que sentarse al lado de esas personas acostumbradas al refinamiento de la riqueza. Esta perspectiva hería el nativo orgullo de su corazón.

A las cuatro y media de la tarde un criado se presentó ante Martín y le anunció que su patrón lo esperaba en la cuadra. Don Dámaso le presentó a su mujer y a Leonor, que le hiciera un ligero saludo. En ese momento entró Agustín, a quien su padre presentó también al joven Rivas, que recibió del elegante una pequeña inclinación de cabeza. Esta fría acogida bastó para desconcertar al provinciano. La voz de don Dámaso, que le ofrecía un asiento, lo sacó de la tortura en que se hallaba y tomó una silla distante del grupo que formaban

doña Engracia, Leonor y Agustín, que se había puesto a hablar de su paseo a caballo.

Martín envidiaba de todo corazón aquella insípida locuacidad, mezcladas con palabras francesas, dichas con ridícula afectación. Don Dámaso, que era hablador, le dirigió la palabra para informarse de las minas de Copiapó. Martín vio, al contestar, dirigidos hacia él los ojos de la señora y sus hijos. Esta circunstancia pareció infundirle una seguridad y aplomo repentinos. Dejó de admirar las pretensiosas maneras del elegante para detener con avidez la vista sobre Leonor. La belleza de esta niña produjo en su alma una admiración indecible.

Un criado se presentó anunciando que la comida estaba en la mesa. Don Dámaso ofreció su brazo a Leonor y volviéndose hacia Martín: —Vamos a comer, amigo —le dijo, siguiendo tras su esposa y su hijo.

Terminada la comida, todos salieron del comedor en el orden en que habían entrado. A las siete pudo libertarse Martín de los discursos de su huésped y retirarse del salón.

EMOCION Y CANSANCIO

Martín se sentó al lado de una mesa con el aire de un hombre cansado por una larga marcha. Las emociones de su llegada a Santiago, de la presentación en una familia rica y la belleza sorprendente de Leonor, todo, pasando confusamente en su espíritu, como las incoherentes visiones de un sueño, lo habían rendido de cansancio.

Aquella desdeñosa hermosura, que no se dignaba tomar parte en las conversaciones de la familia, lo humillaba con su elegancia y su riqueza. ¿Era tan vulgar su inteligencia como la de sus padres y de su hermano y ésta la causa de su silencio? Martín se hizo esta pre-

gunta maquinalmente y como para combatir la angustia que oprimía su pecho al considerar la imposibilidad de llamar la atención de una criatura como Leonor. Pensando en ella, entrevió por primera vez el amor, como se divisa a su edad: un paraíso de felicidad indefinida, ardiente como la esperanza de la juventud.

ESTUDIOS Y AISLAMIENTO

Martín se informó de la situación del Instituto Nacional y de los pasos que debía dar para incorporarse a la clase de práctica forense en la sección universitaria. El pobre y anticuado traje provinciano llamó desde el primer día la atención de sus condiscípulos, la mayor parte jóvenes elegantes. Martín se encontró por esta causa aislado de todos.

Dos meses después de su incorporación a la clase, notó Martín la presencia de un alumno, a quien todos saludaban cordialmente. Su

nombre era Rafael San Luis. Era un joven de veintitrés a veinticuatro años, de poética belleza. Al salir de clase, y luego de una discusión que sostuvo Martín con un compañero que lo trató con arrogancia, Rafael le tendió la mano a Rivas con franca cordialidad.

—Me alegraré mucho —dijo Martín— si usted me permite cultivar su amistad.

—Tendrá usted un triste amigo —replicó San Luis con una sonrisa melancólica—; pero no me falta cierta experiencia que acaso pueda aprovecharle.

Al día siguiente reanudaron la conversación interrumpida el anterior. Cuando Rafael San Luis supo que Martín vivía en casa de don Dámaso Encina, preguntó por Leonor.

—Oh, está lindísima —dijo Martín con entusiasmo.

—¡Cuidado; esa respuesta revela una admiración que puede a usted serle fatal! —observó San Luis poniéndose serio.

CONTINUARA

—Oh, está lindísima —dijo Martín con entusiasmo.

